

Naturaleza

Me gusta el mar, el monte, el río,
la cascada,
me gusta el libro,
la música, la amistad,
la playa.
Me gusta todo,
estoy chiflada.
Me gusta la lluvia,
la nevada,
me gusta el bosque,
el duende, el hada.
Me chifla todo,
estoy chiflada.



Cangura para todo

Sonó el timbre. El señor abrió la puerta. La escalera estaba oscura. Alguien, con un pañuelo atado a la cabeza, le entregó una tarjeta que decía: «SE OFRECE CANGURA MUY DOMESTICADA PARA DOMÉSTICA».

—Pase, por favor. Llevamos un mes como locos sin niñera ni cocinera. Siéntese.

El señor abrió de par en par la ventana y de par en par los ojos. Ante él tenía un canguro imponente.

—¡Pero bueno! ¿Pero cómo? ¿Cómo ha llegado usted aquí?

—Pues saltando, saltando, un día di un salto tan grande que me salté el mar.

—¡Clo! ¡Clo! —el señor parecía que iba a poner un huevo, pero era que llamaba a su esposa, que se llamaba Dulce Mariana Clotilde del Carmen, pero él, para abreviar, la llamaba Clo.

Apareció Clo y desapareció al mismo tiempo gritando: —¡Dios mío, hay un canguro en el sofá...! ¡Un canguro!

—Cangura, señora, cangura, soy niña —aclaró el animalito estirando sus orejas y lamiéndose las manos.

—¡Ven, Clo! Ten confianza...

Volvió a aparecer Clo muerta de asombro.

—Mírala bien. Parece limpia y espabilada, y además a los niños les gustará. Yo creo que conviene que se quede en casa.

Clo, la señora, miraba a la canguro de reojo, tragando saliva.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó por preguntar algo.

—Marsupiana, para servirles.

Y la canguro se quedó en casa para servirles. ¡Y qué bien servía! Desde primera hora se ponía a trabajar.



—¡Marsupianaaaa! Tráenos el desayuno a la cama. Y la canguro, con su bandeja en la tripa, iba y venía veloz.

—¡Marsupianaaaa! ¡Vete a la compra!

Y la canguro, con su «bolsa» llena de verduras, botellas y pescadillas, iba y venía veloz.

—¡Marsupianaaaa! ¡Lleva a los niños al colegio...!

—¡Marsupianaaaa! ¡Lleva a los niños de paseo, lleva el cochecito!

—No señora, no lo necesito.

La canguro metía a los dos pequeños en su bolsa-delantal y a los otros dos se los montaba en la potente cola y, saltando de cinco en cinco los escalones, se plantaba en un segundo en el portal. Cruzaba la calle de un salto por encima de los coches y por encima del guardia de la porra. Lo tenía bizco. Marsupiana para todo era rápida, trabajadora y obediente. Los señores estaban muy contentos con ella. Le subieron el sueldo. Y le hicieron la permanente.

—¡Marsupianaaaa! Date una carrera a casa de mi suegra, que no funciona el teléfono y tú llegas antes que un telegrama.

—¿Y qué le digo?

—Lo de siempre, que no venga.

—¡Marsupianaaaa!

—Mándeme, señora.

La señora tenía una regadera en la mano.

—Mira, Marsupiana, esta tarde tenemos una fiesta y tú tienes que ayudarme.

—Sí, señora; cuando vengan las visitas les quito el abrigo, los sombreros, los paraguas, todo. Y les sirvo las rosquillas y la gaseosa... ¡Estaré de camarero!

—¡No, vas a estar de florero! Mira, te colocas en este rincón, ahí, ¡quieta! ¡No te muevas! Y ahora, abre bien la bolsa.

La canguro abrió también la boca mientras doña Clo le regaba la tripa.

—¡Aaaay!

—¿Qué te pasa?

—¡Que está muy fría el agua, señora!

Doña Clo bajó al jardín y volvió con un gran ramo de flores. Estas flores las fue colocando muy artísticamente dentro de la bolsa de la canguro.

—¡Aaaay!

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Que me hace usted cosquillas con los tallos, doña Clo! ¡En el mismísimo ombligo!

Llegó la hora de la fiesta y Marsupiana fue el comentario de los invitados.

—¡Uy, qué precioso rincón! ¡Qué maravillosa escultura! ¡Qué original florero!

—¡Qué realismo! Parece que esté vivo y coleando...

—Pero... ¿Qué es esto? —preguntaban las señoras más estúpidas.

—Ya veis lo que es, una canguro disecada, mi marido es cazador y tiene muchas.

A Marsupiana cada vez que la llamaban «disecada» le daban temblores y le entraban ganas de estornudar. Lo peor fue cuando una avispa empezó



a pasar y pasar a un centímetro de su hocico. La cangura sudaba y bizqueaba siguiendo el vuelo del insecto, hasta que sintió un terrible picotazo en la punta de la nariz y, dando un gran salto, se encaramó a la lámpara.

—¡Socorro! ¡El canguro se ha desdisecado!

Cuando la cangura Marsupiana miró hacia el suelo, había una alfombra imponente de señoras desmayadas; menos doña Clo, que le dio por reír.

Llegó el calor, y con el calor bajaron las maletas de los armarios. Como no les cabían todas las ropas, tuvieron que usar a la cangura de maletín. La facturaron como equipaje porque costaba menos que un billete. Le pegaron una etiqueta en la tripa con las señas del Puerto. La etiqueta se le despegó con el calor y el Jefe de Correos la mandó a Australia. Marsupiana estaba cansada, aburrida y mareada del barco. Cuando oyó que se paraban las máquinas, ¡ya no pudo más! Saltó por una ventana redonda y fue a parar al agua, afortunadamente cerca de la playa. Aquel sitio le era conocido, aquellos montes y aquellos árboles le recordaban a algo...

De pronto, una nube de canguros la acorralaron y la besuquearon. Todos sus primos y demás familiares brincaban de felicidad riendo a carcajadas con la cola.

—¡Marsupiana! ¡Marsupiana!

—¡Bienvenida, gorda y sana!

—¡Qué alegría volverte a ver!

—¡Uy, qué de regalos nos trae!

—¡Qué regalos ni qué canguro muerto! Esto no son regalos, es propiedad de doña Clo.

Marsupiana no pudo seguir hablando, no la dejaban, y emocionada por el cariño que le demostraba su pueblo, decidió quedarse en la isla, que al fin y al cabo era lo suyo. Y se puso a peinar y a lamer a los canguritos pequeños porque le recordaban a los hijos de doña Clo.



Gloria y el bocadillo



Un día de primavera la pequeña Gloria estaba en la entrada de su casa. Miraba a la gente que pasaba por la calle por si acaso alguna persona se fijaba en ella y se hacía su amiga. Tenía cuatro años y sus únicos amigos eran imaginarios.

Pasó un señor muy alto y dijo:

—¿Pides limosna, niña?

—No, señor. Pido amigos —dijo Gloria.

El señor suspiró y siguió andando. Ningún adulto la entendía porque ningún adulto recordaba haber sido niño.

Gloria estaba sentada en el bordillo —al lado de una gitana que vendía perejil y que no le hacía ni caso— comiéndose un bocadillo de queso que le había hecho su mamá y fantaseando con que los Reyes Magos le traían un piano por Navidades y ella aprendía a tocarlo y el mundo entero quería

escuchar sus canciones. De tanto fantasear, el pan del bocadillo se le quedó duro, aquello no había quien se lo comiera.

En el edificio de enfrente había siempre una fila muy larga con madres con bebés y niños pequeños esperando para entrar. El edificio era una especie de hospital que se llamaba la Gota de Leche, en donde regalaban leche buena y comida para gente que no tenía dinero. Aquel día, de tanto mirar a los críos, Gloria tuvo una idea. Agarró una toalla, cubrió con ella su bocadillo y, acunándolo en brazos como si fuera un bebé, se puso al final de la fila de gente. El plan era hacer amigos entre los niños pobres haciéndose pasar por una de ellos.

Una madre la miró extrañada.

—¿Qué hace una niña tan pequeña con un bebé?

—Es mi hermanito, que tiene hambre —respondió Gloria tapando el borde del bocata.

No dio tiempo a más. Como un tigre salió de dentro del edificio el mismo señor alto que había visto antes Gloria y le quitó el bebé-bocadillo de los brazos.

—Esto no es tu hermano —dijo el señor retirando la toalla—. ¡Es un bocadillo! ¡Y de queso!

Gloria le dio su merienda a una niña que estaba en la cola y se fue alejando avergonzada. Nadie se metió con ella, suficientes problemas tenían. Al volver al bordillo la gitana le regaló un ramillete de perejil y dijo *Con lo avispa que eres, pronto te lloverán los amigos*. Gloria se puso a mordisquear el perejil y sonrió. Tenía los dientes verdes.

Versos de la madre

Cierra los ojitos,
mi niño de nieve.
Si tú no los cierras,
el sueño no viene.

Pájaros dormidos
—el viento les mece.
Con sueño, tu sueño
sobre ti se extiende.

Arriba, en las nubes,
las estrellas duermen;
y abajo, en el mar,
ya sueñan los peces.

Mi niño travieso,
mi niño no duerme.
Ángel de su guarda,
dime lo que tiene.

Que venga la luna
que a la estrella mece,
que este niño tuyo
lucero parece.



Las máquinas de escribir

La siniestra oficina
se humanizaba por las noches.
Se oía un leve teclear.
Las máquinas se escribían
—unas a las otras—
cartas de amor.



Coleta arpista (una chica lista)

—¡Viva la gachí del arpa! —gritaron unos madrileños, cuando apareció Coleta en el escenario.

Apareció, y nunca mejor dicho, porque parecía una aparición, un fantasma. Vestía un largo traje blanco de señora mayor, con cinturón de margaritas, un velo sobre el pelo y altos zapatos blancos de tacón, sobre los que la pobre Coleta se tambaleaba.

—Coleta, ¿quién te ha hecho el modelito? —le pregunté entre cortinas.

—Mi tía.

—¿Y tú qué le has hecho a tu tía?

—¡Cállate, leñe, que voy a empezar! Di que enchufen.

Coleta se sentó en el taburete y empezó a tocar, en el arpa eléctrica, «La melodía del medio día», del legendario compositor Chopinito.

Las manos de Coleta parecían dos arañitas sonrosadas y nerviosas, recorriendo y pellizcando las cuerdas del arpa, de arriba abajo, de abajo arriba, de lado a lado.

Salió la gran cantante, se plantó delante del arpa, abrió la boca y se tragó una mosca (la única que había).

Después, lanzó un ¡aaayyy!, y Coleta saltó de la banqueta.

La señora que cantaba seguía con los «ays» y Coleta no podía seguirla con la música.

—¡Mi madre! Va a fundir los plomos —pensaba Coleta—, ¡cómo chilla esta tía! Esto, más que un salón de ópera, parece una sala de operaciones. Debíamos de haber ensayado. No hay quien la acompañe. No me extraña que viva sola. La cantante va por un lado y yo por otro, menos mal que estamos en un pueblo y la gente es buena y no entiende mucho de arpa.

La cantante saludó dándose un cabezazo en el pecho y Coleta ni se enteró de que había terminado la cancioncita de los «ays», porque —para más aburrimiento— la cantó en alemán.

Unos tímidos aplausos despidieron a la señorona.

—¡Ésta es la mía!

Coleta se preparó para acariciar el arpa a sus anchas y tocar «La cascada» (su canción favorita). ¡Qué bien sonaba! ¡Qué dulzura, finura y ternura! ¡Qué arpegios y tal! Cerrando los ojos se podía escuchar el sonido de los chorritos al caer sobre el lago.

De repente, Coleta se inquieta, cambia el sonido, y aquella dulzura, finura y ternura de la primera parte, se van a hacer gárgaras.

Coleta se inquieta más y más y se pone tan nerviosa, que da saltitos sobre el taburete, mueve su cuerpo y sus manos recorren las cuerdas del arpa tan rápido que no se las ve. Al mismo tiempo sacude su cabeza como si de un músico de rock se tratara.



Ante su nuevo modo de tocar, tan emocionante, el público se pone en pie, aplaudiendo enloquecido. Qué pasión la de la niña.

—¡Viva la gachí del arpa!

—¡Viva Coleta la artista!

—¡Viva Coleta la arpista!

Coleta, como si nada, seguía tocando velozmente «La cascada», que más que cascada era ya inundación.

Cuando cesaron los aplausos y los vítores se oyó decir a Coleta, con un hilo de voz:

—¡Que me desenchufen! ¡Que me desenchufen!

Se apagó la luz del escenario y se produjo un ruido sordo. El ruido fue producido por el cuerpecillo de Coleta, al caer en la moqueta. Coleta cayó de espaldas y por poco no se desnucó.

Al día siguiente, la foto de Coleta venía en todos los periódicos, pero no en las páginas musicales, sino en las de sucesos, y el texto decía así:

La joven arpista Coleta sufrió una fuerte descarga eléctrica mientras tocaba el arpa (eléctrica) en el Teatro Pi. Fueron tantos los voltios que sacudieron a la infeliz criatura, de cabeza a cintura, que no le permitieron separar las manos de las cuerdas.

A pesar de los calambres, siguió tocando la gran arpista —aunque pudo morir en la pista—. Desde luego, esta chica... ¡menuda lista!

La vaca que llora

La vaca está triste,
muge lastimera,
ni duerme, ni bebe,
ni pasta en la hierba.

La vaca está triste,
porque a su chotito
se lo han llevado
los carniceros al mercado.
Está tan delgada,
la vaca de Elena,
que en vez de dar leche,
da pena.

— PREGÚNTALE A GLORIA —

Sobre la lectura



¿Por qué escribes libros?

Porque cuando era pequeña mis padres eran pobres y no me podían comprar cuentos, así que los primeros cuentos que tuve en mis manos me los tuve que escribir yo misma. De tantos libros que tuve que hacerme fui cogiendo práctica y más práctica. Cuantas más veces haces una cosa, mejor sabes hacerla. No he dejado de escribir cuentos desde entonces, he convertido mi diversión en mi profesión. Y ahora puedo decir que vivo del cuento.

¿Qué es una biblioteca?

Una biblioteca es como una segunda casa para las personas que leen libros. En la biblioteca están todos los libros y puedes leerlos gratis. Dentro de

una biblioteca se cura la ignorancia, los libros son para la mente como las tiritas para las heridas. Las bibliotecas son tan importantes que tendrían que estar por todas partes, como las farmacias.

¿Por qué hay que leer libros?

Hay que leer libros porque te divierte y te hace mejor persona. Todos los libros que cuentan una historia son literatura, lo que pasa es que algunos te gustarán mucho y otros menos. Los libros del colegio son una cosa necesaria y además ahora son más divertidos que los de cuando yo era niña. Tienes mucha suerte de vivir en estos tiempos.

Que los niños lean poco no es culpa de los niños, es culpa de los escritores «pesaos». Para disfrutar leyendo tienes que elegir libros que te hagan reír, que sean exagerados y mágicos.

Algunos libros, como éste que tienes ahora en las manos, incluso tienen dibujos. Un libro que te divierte es más que un juguete. Pide libros o cómpralos con tus ahorros y así descubrirás lo emocionante que es leer. Cuando seas mayor verás que cuanto más se sabe más se vale, y cuanto más lees más sabes: novelas, cuentos, poesía, historia, teatro, filosofía... Muchas veces un libro el mejor amigo que puedes tener.

Cómo se dibuja un paisaje

Un paisaje que tenga de todo,
se dibuja de este modo:

Unas montañas,
un pino,
arriba el sol,
abajo un camino,
una vaca,
un campesino,
unas flores,
un molino,
la gallina y un conejo,
y cerca un lago, como un espejo.
Ahora tú pon los colores;
la montaña de marrón,
el astro sol amarillo,
colorado el campesino,
el pino verde, el lago azul
—porque es espejo del cielo
como tú—,
la vaca de color vaca,
de color gris el conejo,
las flores...
como tú quieras las flores.
De tu caja de pinturas,
¡usa todos los colores!

Don Palillo de Madera

Don Palillo de Madera
nació cerca de la sierra.

—De la sierra de aserrar
y no de la de nevar.

Un día de fuerte viento
se escapó de su aposento.

—¡Yo no quiero ser vulgar,
mi deseo es triunfar!

Se hizo yeyé de boleros
y ganó muchos dineros.

Se puso robusto y sano
y parecía un gusano.

Y acabó el pobre Palillo
pinchado en un pepinillo.



Cocoloco Pocoloco

Era un niño que se llamaba Cocoloco Pocoloco y, como su nombre indica, estaba muy poco loco. Era inteligente y curioso.

Cocoloco quería saber los años que tenía el viejo más viejo del mundo. El viejo más viejo del mundo era un viejecito que se abrigaba con la barba, que se limpiaba las botas con la barba y que no podía correr, no por su edad, sino porque la barba le llegaba a los pies y se la pisaba y se caía.

Cuando Cocoloco le encontró, le preguntó:

—¿Cuántos años tiene?

El viejo más viejo del mundo no contestaba.

—Vamos, carrocín, dígamelo sólo a mí. ¿Cuántos años tiene?

—Mira hijo, nací hace tantísimo tiempo que no me acuerdo.

—¿Y no se acuerda de cuando era niño?

—No. Nada. Sólo me acuerdo de que a los quince años me tuve que cortar la barba. ¡La primera barba que me llegaba hasta la nuez!

—¿Qué barba más bárbara!

—Sí, esa ha sido mi desgracia, ¡los pelos! Me tuve



que ir del colegio porque los niños se reían de mí, me tomaban el pelo, por mi bigote y por mi barba. Desde entonces, cada quince días me crece quince centímetros la barba, ya ni me la afeito.

—¡Qué barba más bárbara!

—Se me ocurre —dijo Cocoloco— que si se pudieran unir todas las barbas que se ha ido afeitando en su vida para hacer una sola barba...

—¡Uy! Sería una barba de dos mil metros de larga. Extendida por la carretera llegaría hasta el pueblo de al lado.

—Se me vuelve a ocurrir —dijo Cocoloco—, que si se la hubiera dejado crecer, como le crecía quince centímetros cada quince días y, según me dice, hoy la tendría dos o tres kilómetros de larga, podríamos saber, echando cuentas, los años que usted tiene.

—¡Y dale! ¡Qué manía tienes con saber mi edad! —dijo el viejo.

—Y qué manía la de usted con quitarse años, como si fuera una artista de la canción.

—Si yo no me quito años, Cocoloco. Lo que pasa, como te dije, es que no me acuerdo de cuántos años tengo, ni me importa.

Y el viejo más viejo del mundo se alejaba, barba al viento, tambaleándose sobre sus tres piernas, las dos suyas y el bastón que le ayudaba a tenerse tieso.

Mientras, el caprichoso Cocoloco se quedó enfurruñado (malhumorado y enfadado) por no haber podido conseguir adivinar el resultado de su inteligente curiosidad.

¡Cu-cú!

Cu-cú, cantaba la rana;
cu-cú, debajo del agua.

Cu-cú, asomó la cabeza.
Cu-cú, quería cerveza.

Cu-cú, pasaba un tendero.
Cu-cú, vendiendo carero.

Cu-cú, yo quiero lentejas.
Cu-cú, comida de viejas.

Cu-cú, yo quiero rosquillas.
Cu-cú, comida de pillas.

Cu-cú, yo quiero galletas.
Cu-cú, valen dos pesetas.

Cu-cú, ¡qué vida tan cara!
Cu-cú, me meto en el agua.

